

Amigos y Enemigos de Colón

DESDE LA LLEGADA DEL ALMIRANTE A ESPAÑA HASTA SU SALIDA DE PALOS DE MOGUER, PARA DESCUBRIR EL NUEVO MUNDO.

ISIDORO VIRGILIO MERINO.
De New History Society de New York.

I

El episodio singular del descubrimiento de América nos ofrece profundas enseñanzas y nos sugiere no menos hondas meditaciones, para llegar a la conclusión de que los designios trazados por la Providencia se cumplen, aunque todas las fuerzas coaligadas traten de impedirlos, y que, para su realización, bastan, como agentes, seres humildes, que se tornan gigantes, y que ellos mismos no podrían calcular la magnitud de la obra que realizan.

No menos que divina puede ser la orden, el impulso que reciben esos pequeñísimos actores que se enfrentan con todo lo que significa poder, y que, al cabo de enconadas luchas, vencen.

Para la portentosa hazaña de la incorporación de un mundo a la civilización, no hubo un opositor que fuera humilde. Todos los grandes del gobierno, de la Iglesia, del saber, de las armas, de la nobleza, se unían, como en una conjura, para que no se llevara a feliz realización. Y para impulsarla, apenas había quien fuera prominente, porque hasta los más poderosos y acaudalados que patrocinaron la empresa, eran nobles de provincias, religiosos oscuros o de planos secundarios en la carrera eclesiástica y sabios ignorados. Sin embargo, fueron vencedores estos, y el vasto y rico Continente nuestro, es el mejor monumento que canta aquellas hazañas.

No encontrais semejanza con el ideal de redención del mundo que lo realizan contra el encono de los Reyes y de los Doctores, unos humildes pescadores; unos pobres recaudadores de tributos y unas cuantas mujeres del pueblo? Y qué queda de aquellos que se opusieron a la doctrina de amor, sino el abominable recuerdo, mientras la grandeza del Cristianismo es imperecedero monumento a la memoria de sus Apóstoles y a la consagración de sus prédicas.

Qué le decían los Doctores a Jesús?

Que no podía ser el Maestro; que no podía redimir al pueblo, porque era humilde, porque no había recibido la enseñanza oficial, porque era de modesta aldea.

Cuánta semejanza a lo que, siglos después, se decía de Colón!

Un extranjero sin nombre, sin un título que

acreditara sus afirmaciones, un soñador, un loco, un aventurero....

Y Jesús era el Cristo, el hijo del Dios viviente, y su doctrina ha edificado un mundo nuevo. Y Colón era el genio y halló otro mundo.

II

Palos de Moguer, la humilde villa marítima de Huelva, entre todas las grandes ciudades de España y del mundo, había de pasar a ser más que grande, por que en ella iba a iniciarse la gigantesca empresa que todavía, como ninguna, admira, asombra y se hace inexplicable a la mente humana.

En aquella villa de Palos, desde los tiempos que pertenecen más a la leyenda que a la historia, se levanta el Convento de Franciscanos de Santa María de la Rábida. A su puerta un día llamó un peregrino, como los tantos que casi a diario pasaban, y pidió pan y agua, para su hijo, de unos ocho años, que le acompañaba. Críticos de la historia han dicho que no pidió pan, sino noticias de marinos que conocía en aquella villa.

El día no ha podido saberse, pero debió ser en el año 1484, porque ese año salió el peregrino, de Portugal, camino de Palos.

El peregrino era Cristóbal Colón.

Era guardián de aquel retirado Convento, Fray Juan Pérez, humilde hijo de San Francisco, que había sido confesor de la Reina Isabel, y que, seguramente en busca de calma y tranquilidad espiritual había dejado la Corte, para refugiarse allí, frente al mar y en constante contacto con los peregrinos. Se le ha llamado Fray Juan Pérez Marchena, en confusión con Antonio de Marchena, que protegió la idea de Colón, humilde pero sabio Frayle franciscano, que integró el Consejo de Salamanca, para el examen de las teorías del descubridor, y que se pronunció en contra de la mayoría, a favor de los planes del marino, pero que nunca estuvo en la Rábida ni que había motivo para confundirlo con el otro religioso franciscano, a quien España le debe la gloria del descubrimiento. Transcurridos los años, los Reyes Católicos aconsejaban a Colón que llevara con él a Marchena, por sus conocimientos y por haber estado siempre de acuerdo con sus ideas.



III

El peregrino fué recibido por Fray Juan Pérez, quien seguramente vió en su frente los resplandores del genio, y advirtió en sus palabras destellos de la sabiduría y revelaciones de una gran verdad que permanecía oculta para el resto de los hombres, pero que se le había comunicado a aquel humilde peregrino que andaba leguas, por los caminos del mundo, y que imploraba el pan como mendigo.

Colón reveló al religioso todos sus planes, y el religioso comprendió que no hablaba con un loco ni con un ignorante, sino con un inspirado que cumpliría todo lo que concebía su mente. Las inmensidades se comprenden siempre. No dudeis que es cierto cuanto se ha dicho en versos, de idilios entre el mar y la luna, entre el mar y la montaña, entre la tierra y el cielo. Por eso Daniel fué respetado por los leones, y por eso Cristo fue obedecido por las olas y por la muerte.

Rapidamente fué llamado por Fray Juan Pérez, el médico de Palos, García Hernández, para contarle el acontecimiento, para ponerlo al habla con Colón, para llevar a vias de hecho aquel sueño glorioso. Vino García Hernández, y vinieron algunos marinos, que muy experimentados los había en la villa de Palos y el plan fué aceptado. Pero esa era empresa para Reyes, y se pensó en someter los planes a los Reyes Católicos, que iban consolidando a España, y que esperaban solo vencer a los moros, para rematar esa obra maestra de nacionalidad.

Pero, como llegar hasta los Reyes?

El guardián había sido confesor de la Reina, pero era posible que ya no lo recordara. Entonces pensó en Fray Fernando de Talavera, prior del monasterio del Pardo, confesor actual de Isabel, y de gran ascendencia en la Corte, la que con motivo de la guerra, deambulaba. Hasta 1486 en que la Corte se estableció en Córdoba, estuvo Colón alojado en el Convento. En ese año partió para la Corte, con carta de Fray Juan Pérez, para su amigo aparente Fray Fernando de Talavera. A principios de dicho año de 1486, llegó Colón a la Corte. Vió a Talavera pero no pudo obtener la real audiencia, porque este prelado hizo lo indecible por impedirlo. Le había impresionado desfavorablemente el peregrino y no dejó un solo instante de oponerse a su idea. Posiblemente la Historia no pueda recoger el nombre de otra persona que haya trabajado tanto por impedir el descubrimiento.

En la Corte, no obstante, Colón obtuvo buenos amigos, que le protegieron y prestaron calor a su empresa. Esos amigos fueron Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que le brindó albergue en su casa y lo defendió siempre, Antonio Gerardini, Nuncio pontificio y su hermano Alejandro Gerardini, preceptor de los hijos menores de los Reyes, quienes le facilitaron el necesario acceso y que lograron interesar en favor de Colón a D. Pedro González de Mendoza, Arzobispo de Toledo y Gran Cardenal de España.

Este príncipe de la Iglesia simpatizó con el futuro descubridor, y consiguió que se le agregara a la Corte, hasta que pudiera ser recibido por los Reyes.

El Rey recibió con agrado a Colón y le agradaron sus ideas, pero consultó con Talavera y, con seguridad, este encarnizado enemigo, influyó en su ánimo, en sentido desfavorable.

IV.

Sus planes fueron examinados en Córdoba, por sabios y religiosos, sin resultados favorables, y al fin se dispuso que se efectuara un Consejo de sabios y teólogos en la ciudad de Salamanca, el que se constituiría en el convento de dominicos de San Esteban, en cuyo convento se hospedó Colón, mientras se resolviera la cuestión por él planteada.

La Inquisición se acaba de establecer en España, como paso para obtener la unidad religiosa, y en ese ambiente debía celebrarse el Consejo antes el cual iba a comparecer Colón, para exponer sus ideas sobre la tierra y los mares, cuyas ideas se acusaban de heterodoxas. Hasta la vida se estaba discutiendo, pero no retrocedía, porque confiaba en que era un inspirado para la realización del portento.

Los religiosos del convento, entre los que predominaban los sabios y que eran moderados en sus ideas, se inclinaban a su favor, y Diego de Deza, Catedrático de Teología del convento, no solo lo defendió sino que convenció a los integrantes del Tribunal que no se iba contra los principios cristianos, puesto que toda idea que signifique progreso para la humanidad, tiene de antemano la sanción de las Escrituras. No obstante el veredicto se demoró extraordinariamente. Las consultas se suspendieron, en la primavera de 1487, por la salida de la Corte para Córdoba. Talavera no cesó de alejar a los Reyes de Colón, pero Alonso de Quintanilla, Deza y el Duque de Medinaceli, lo ayudaban, y el seguía a la Corte que pagaba sus gastos.

El Rey de Portugal, Juan II, en carta de fecha 20 de marzo de 1488, le ofreció acogida, y parece que por ese tiempo había recibido también carta favorable del Rey de Inglaterra, Enrique VII.

En 1491, Fray Fernando de Talavera —siempre él— informó a los Reyes que la opinión del Consejo era contraria a la empresa, y se le comunicó a Colón que, por motivo de los gastos de la guerra, no podían ser aceptadas sus proposiciones. Ante esta noticia que destruía todas sus ilusiones, se retiró indignado, pero en su afán de no salir de España, se entrevistó con el duque de Medina-Sidonia, quien creyó sus ideas fantásticas y las desechó. En cambio el duque de Medinaceli, le ofreció su apoyo y sostuvieron con ese fin entrevistas y negociaciones que estuvieron a punto de culminar con el viaje anhelado, pero temeroso el duque de ofender a los Reyes, propuso que se presentara de nuevo en la Corte apoyado en su influencia, idea que Colón



rechazó en recuerdo de las vejaciones y engaños que había sufrido.

En medio de tantas decepciones, recibió el aliento de una carta del Rey de Francia, en la que se le ofrecía protección, y decidió entonces salir de España, para poner su proyecto bajo la protección de aquel país que lo llamaba generosamente.

Fué al convento de la Rábida a buscar a su hijo y a despedirse de su protector. Hacia siete años que había salido de allí para la Corte, y volvía con todas las esperanzas perdidas. Honda tristeza experimentó el noble religioso, y pensó que no debía desistirse de la lucha, y que la gloria de la que era Colón mensajero, tendría necesariamente que conquistarla España.

Mientras los grandes de España se empeñaban en impedir esa gloria, el modesto sacerdote libraba la más gloriosa batalla para su grandeza. Fué llamado de nuevo el médico García Hernández y hablaron mucho de la necesidad de impedir que España cediera la gloria a otra nación; fué consultado también Martín Alonso Pinzón, principal de una rica familia de navegantes de Palos, el cual aprobó el proyecto y ofreció dinero y sus servicios personales, y prometió costear los gastos para una nueva entrevista con los Reyes. Fray Juan Pérez decidió dirigirse a la Reina, sin mediador, invocándole su antigua condición de director espiritual, y convenció a Colón de que debía quedar en el convento hasta que llegara la respuesta.

Hacia falta quien se encargara de llevar la carta, y un hombre modesto: Sebastián Rodríguez, piloto, se prestó a ello. Era otro humilde que cooperaba a que se descubriera el Nuevo Mundo, y que, con un acto, al parecer insignificante, aportaba una contribución gloriosa e indispensable.

La Reina se encontraba en Santa Fe, ciudad militar que se había erigido frente a Granada, y allí llegó el mensajero con la carta que fué recibida por la Soberana, en cuyo corazón encontraron eco las tiernas palabras del buen religioso que nada le pedía, sino que reclamaba atención, por el esplendor de España. Anteriormente la Reina había recibido otra carta de Medinaceli, y pensaba mucho en este asunto que ya le interesaba.

A los catorce días, llegó al convento el mensajero Rodríguez, con una carta de la Reina, en la que solicitaba la presencia del Fray Juan Pérez, en la Corte, y que daba grandes esperanzas a Colón. A media noche, sin reparar en los peligros de atravesar territorios en guerra, entre moros enfurecidos, enemigos de la fe cristiana, a lomos de su mula, partió aquel sacerdote, que rivalizó con todos los caudillos que han contribuído al engrandecimiento de España, y llegó ante la presencia de la augusta señora, y con la ayuda de la marquesa de Moya, la convenció de la grandeza de las concepciones de Colón, y de la necesidad para la fe y para la Historia de hacer el descubrimiento. El resultado fué que Isabel ordenó que Colón se trasladara a la Corte, y le

adelantó veinte mil maravedies para ropa y calzagadura. El sacerdote envió la carta y el dinero al médico que los hizo llegar a Colón, quien en seguida se trasladó a la Corte que se encontraba en el campo militar de Granada.

V

Llegó Colón a la Corte en el instante histórico en que culminaba el esplendor de la monarquía. Granada acababa de rendirse, y con Granada el poder sarraceno, y él mismo pudo ser testigo de la entrega y de todo el aparato de la victoria que no era solo de un pueblo sobre otro, sino que se extendía a la victoria de una raza, de una civilización, de una fe.

Le recibió su buen amigo y protector D. Alonso de Quintanilla, y todo auguraba el éxito tan soñado, pero bien pronto llegó la decepción, pues los Reyes comisionaron para la celebración del pacto y acuerdo de las capitulaciones al conocido Fray Fernando de Talavera, ascendido a la sede arzobispal de Granada como consecuencia del triunfo, y quien prefería a todo, obstaculizar a Colón, y evitar que se le protegiera. No podía anunciarse de manera más convincente el fracaso; pero Colón quiso proseguir en el último esfuerzo.

Muy poco duraron las negociaciones que se suspendieron, sin motivo alguno, de manera inesperada. Colón planteó sus aspiraciones de ser nombrado Almirante y Virrey de las tierras que descubriera, y la décima parte de todas las ganancias. Los cortesanos se indignaron por estas aspiraciones, que no cesó de combatir Talavera, y en las que no cedió Colón que solo llegó a ofrecer pagar la octava parte en los gastos de la empresa. Talavera dió por terminadas las negociaciones, y Colón resolvió definitivamente dejar a España, y pensó en Francia, donde le llamaban para protegerlo y auspiciar sus proyectos.

En 1492 salió de Santa Fe, con rumbo a Córdoba, y con la resolución firme de pasar a Francia; pero había sido España la designada para alcanzar esa gloria, y en vano intentarían desviarla los cortesanos viles, prestos siempre a hundir su envenenado colmillo en la gloria de los elegidos.

VI

En este instante, para dar la última batalla gloriosa por la grandeza de España, surgió un hombre humilde, que sin ese gesto no hubiera pasado a la inmortalidad y a la gloria, que permanecía ignorado, a pesar del alto cargo que desempeñaba, y que conquistó el derecho a que su nombre se pronuncie siempre entre los de los grandes de la humanidad, por haber decidido la realización de la empresa contra los ruines deseos de Talavera.

Era Luis de Santángel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragón, judío converso, según algunos, aunque parece desmentirlo su gesto tan



impropio de los descendientes de esa raza egoísta y amante del mal.

Santangel convenció a la Reina de que con Colón se iba la gloria de España, y que iba en eso el prestigio de su corona y el valor de su fe; la buena marquesa de Moya fué auxiliar poderoso para la decisión de la Soberana, que al fin concedió a Colón una nueva audiencia, en compañía de Alonso de Quintanilla.

El Rey, seguramente bajo la influencia de Tavera, no se interesaba por la empresa, y el tesoro se encontraba en mal estado. Al tratarse de esto, la Reina tuvo el sublime rasgo que bastaría para inmortalizarla, como mujer excepcional, como Reina, como elegida de Dios para las empresas inmortales. Isabel ofreció empeñar sus joyas. El autor, en su poema "América" exalta ese rasgo, como singular en una hembra, pues según su verso: "cualquier mujer entrega, primero, el corazón".

Las escenas de aquella reunión ganan en grandeza a todas las que puedan presentarse para la exaltación de la hidalguía española. Era un concurso de rasgos sublimes. A la digna oferta de la Reina, surgió la no menos digna de Santangel, de no aceptar el sacrificio de la Soberana, y ofreció lo necesario para la empresa. Cedió diecisiete mil florines. La cantidad no se ha fijado con certeza, pero la grandeza de Santangel se manifestó con cualquier cantidad, que era la necesaria para equipar las naves y para que Isabel no tuviera que empeñar sus joyas. Esa actitud compendia la dignidad de un caballero que impide el sacrificio de una dama; la lealtad de un súbdito que sirve a su Reina y la concepción de un visionario que quiere la gloria de su patria y de su fe. Volvemos a dudar de la condición de judío de Santangel, y, si lo era, pertenecía al limitado y excepcional grupo de Saulo de Tarso, de Marcos, de Juan, de Santiago...

VII

A toda prisa, por orden de la Reina, se envió un mensajero a caballo, a buscar a Colón, que fué hallado a dos leguas de Granada, en el llamado puente de los Pinos, y Colón, que por desconocidos lazos, estaba atado a España, regresó a la Corte, acaso con poca fe, posiblemente como bajo un sueño.

Se había ganado definitivamente a la Reina, pero el Rey no accedía, y surge entonces otro humilde: su favorito Juan Cabrero, y él acepta.

Había terminado el episodio de las penalidades de Colón, y enseguida iba a dar comienzo el prólogo del inmortal poema del descubrimiento.

VIII

Las capitulaciones se firmaron en Santa Fe, por los Reyes, el 17 de abril de 1492 y se señaló el puerto de Palos de Moguer, para el equipo de las naves. Una Real Orden de fecha 30 de abril, ordenaba a las autoridades de Palos tener dos carabelas listas, para un viaje a alta mar, dentro de los diez días de recibida la orden, y ponerlas a la

disposición del Almirante, quien se despidió de la Corte, el 12 de Mayo en que partió para Palos.

Colón volvió a la Rábida, gozoso, en triunfo, investido de grandes poderes, para abrazar a su fiel amigo Fray Juan Pérez, sin cuya acción de encauzar primero y por dos veces persuadir a Colón, no hubiera España llegado a ser la señora del mundo. Colón iba además a recoger a su hijo Diego, por cuya suerte no tuvo que preocuparse, debido a la solicitud de su amigo, que también así ayudó a sus planes. Ahora iba a quedar al cuidado de Juan Rodríguez Cabezado y del Pbro. Martín Sánchez, de Moguer, y muchos más hubiera encontrado, porque abundan los que se hacen cargo del hijo de un Almirante, pero del hijo de un peregrino, solo puede hacerse cargo, un varón de las excelsas condiciones, de las virtudes cristianas, del amor intenso de Fray Juan Pérez.

El 23 de mayo, en la Iglesia de San Jorge, entraba Colón, en compañía de su amigo.

Allí, en presencia del Alcalde, de los Regidores y demás autoridades y pueblo, se leyó, por el escribano público, la Real Orden que mandaba poner dos carabelas a las órdenes de Colón.

El auxilio de los hermanos Pinzón, fué de importancia definitiva, para el apresto de las naves, que no se hizo sin vencer muchos obstáculos, y sin confrontar situaciones difíciles. Los propietarios de la "Niña" que había sido tomada a la fuerza, de acuerdo con órdenes de los Reyes, se oponían al viaje y no cesaron de presentar quejas, y hasta influyeron en el ánimo de los que trabajaban en esos aprestos para que hicieran lo que hoy se dice: "sabotage" pero todas las dificultades se vencieron y quedaron listas las naves.

La Santa María iba comandada por Colón, y en lo alto, flotaba, por eso, el pendón del Almirante; la "Pinta" iba al mando de Martín Alonso Pinzón, el hermano de este Vicente Yañez Pinzón, mandaba la "Niña". El número de Marinos, en la escuadra, era de 90, y en total iban 120 personas.

IX

En la mañana del viernes 3 de agosto de 1492, del puerto de Palos de Moguer, a la vista del convento de La Rábida, salía con rumbo desconocido, que resultó ser a la gloria, contra los augurios de los pesimistas, a pesar del odio de los envidiosos, la más importante escuadra que ha surcado los mares.

Iba a encontrar un Mundo; iba a ensanchar la civilización, iba a desmentir a los pseudos sabios, iba a engrandecer a España, iba a glorificar a Dios; iba a cumplir un designio supremo...

Era la escuadra de Colón, que había consagrado toda su vida, que había consumido su juventud en la caricia de un sueño revelado, que ya comenzaba a tornarse realidad. Iba a buscar, para entregarlo a una Corte, el más alto y valioso presente de los siglos, ese presente que para donarlo, tuvo que implorar como mendigo, lo que le pertenecía como genio...

Colón tenía 56 años de edad, pero seguramente se sentía animoso, como joven, porque iba a obe-



decer a Dios. Era más joven que Moisés cuando salió, al frente de su pueblo, de Egipto, y la obra que iba a realizar solo a la de Moisés se comparaba.

Allí junto al mar, un anciano sacerdote lloraba de júbilo, y elevaba sus plegarias al Altísimo, porque le había permitido la gloria de ser actor principal de aquel episodio inmortal que había alentado. Fray Juan Pérez, Guardián de La Rábida, protector de Colón, grande del mundo.

Seguramente, más lejos, en medio de exagera-

do lujo, otro anciano religioso, lloraba de rabia y lanzaba imprecaciones al cielo, por haber permitido esa glorificación del genio.

Era Fray Fernando de Talavera, arzobispo de Granada, enemigo tenaz y gratuito de Colón, que hizo lo que nadie por impedir el descubrimiento,

Ante el Tribunal de la Historia, sean presentados, una vez más, estos dos nombres, que significan las cumbres del bien y del mal; del amor y del odio, de Cristo y de Herodes. . .

Matanzas, Cuba, 20 de diciembre de 1936.

-: BIBLIOGRAFIA :-

El Apóstol i el Generalísimo

Hoy es el 1º de abril —se inicia el abril florido— i tal día registra el 42º aniversario de la épica salida de José Martí i Máximo Gómez, “con una mano de valientes” i “al amparo de Santo Domingo”, (1) por el puerto de Monte Cristi i con destino a Cuba para aparecer por oriente como el sol i como la estrella solitaria, en la etapa postrera de la guerra libertadora reanudada el 24 de febrero del 1895.

Dos libros cubanos, exponentes de altas ideas i emociones profundas, dedicadores, tengo sobre la mesa de caoba antigua, mueble familiar de la inolvidable casa solariega, que ahora me sirve de escritorio, i, a guisa de homenaje póstumo, alguien a mi lado recorrer, por turno, algunas páginas de cada uno de ambos volúmenes, i las oigo leer con atención unciosa del alma en vela.

El primero es un volumen en octavo edición matritense del año 1933, i contiene un estudio biográfico de Martí, como apóstol, hecho por el fino ensayista Jorge Mañach; el segundo es un volumen en cuarto, edición habanera del año 1936, i es una obra recién escrita, a grandes rasgos animadores del héroe, por el no menos apto escritor Benigno Souza sobre la vida revolucionaria del invicto Máximo Gómez.

Ambos volúmenes son preciosos —uso el calificativo en su doble acepción de valor i de belleza— i me inclino a pensar que ambos escritores cubanos, respectivamente, se han superado a sí mismo en cuanto al estudio de la psicología i del apostolado de Martí, el uno, i en cuanto al estudio, el otro, del civismo i la estrategia del Generalísimo.

No huelgan, sinembargo, las páginas con las cuales, aveces, la prensa periódica cubana ha contribuido i contribuye a enriquecer el acervo histórico de Cuba en relación con ambos próceres esclarecidos. Esas páginas volanderas son o han sido complemento valiosísimo de los libros i las

monografías o conferencias consagradas, hasta ahora, a poner de relieve las figuras épicas del decenio i del trienio revolucionarios. Tales, i es acaso el mejor ejemplo, las páginas que nuestro distinguido amigo Emilio Roig de Leuchsenring ha publicado i publica en **Carteles**.

En verdad os digo, leales lectores de esta revista bimestre, que con ambos libros i con esas página se enaltece i honra a Cuba i su historia; i que, con ello también, se complace i recibe no escasa honra la República Dominicana!

Martí el Apóstol

Privado estuve de leer el nuevo i celebrado libro de Jorge Mañach, algo más de un bienio, por no haberlo recibido como lo esperaba; i convalecía de una grave dolencia, a mediados del año 1936, cuando un amigo benévolo puso en mis manos un ejemplar, el suyo, que permaneció mudo para mí algunos meses. Luego, a intervalos, hice la lectura de sus páginas de oro.

Martí el Apóstol es el título sintético —no comprimido— que luce en la blanca portada del volumen. El apostolado i el evangelio laico han sido la simiente de toda causa de redención, de libertad, o de independencia. Aguilera lo ejerció en el período propulsor, el de la propaganda i la educación cívica, como prolegómenos de la lucha del decenio heróico, i aun dentro del período decenal i hasta su muerte en el exilio. . . Martí asumió ese alto i noble ministerio, en el alba de su juventud i en el silencio de su conciencia edificada en el decenio, desde que, sintiéndose hombre i ciudadano, hizo la inmersión de su espíritu en “los horrores del mundo moral” de su madre isla.

Martí fue el apóstol i evangelista de la causa redentora de Cuba irredenta, i lo era por antonomasia, como Paulo el gentil, convertido en apóstol del epistolario cristiano, i como Juan de Patmos, el evangelista por excelencia del Apocalipsis. Tres potencias del alma, de su alma apostólica, pusieron en su espíritu la luz solar del

(1) Carta-Testamento de un héroe.